

FRAN COLLADO

BEA TORMO

# MILA

Y EL PEDROLO  
DEL ESPACIO EXTERIOR



ANAYA



**Y EL PEDROLO  
DEL ESPACIO EXTERIOR**

*A Rocío Alarcos, que hizo posible que esta historia  
se estrellase en el lugar correcto.*

1ª edición: octubre de 2024

© Del texto: Fran Collado, 2024  
© De la ilustración: Bea Tormo, 2024  
© Grupo Anaya, S. A., 2024  
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid  
[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

ISBN: 978-84-143-4164-3  
Depósito legal: M-16067-2024  
Impreso en España - *Printed in Spain*



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

**FRAN COLLADO**

**BEA TORMO**



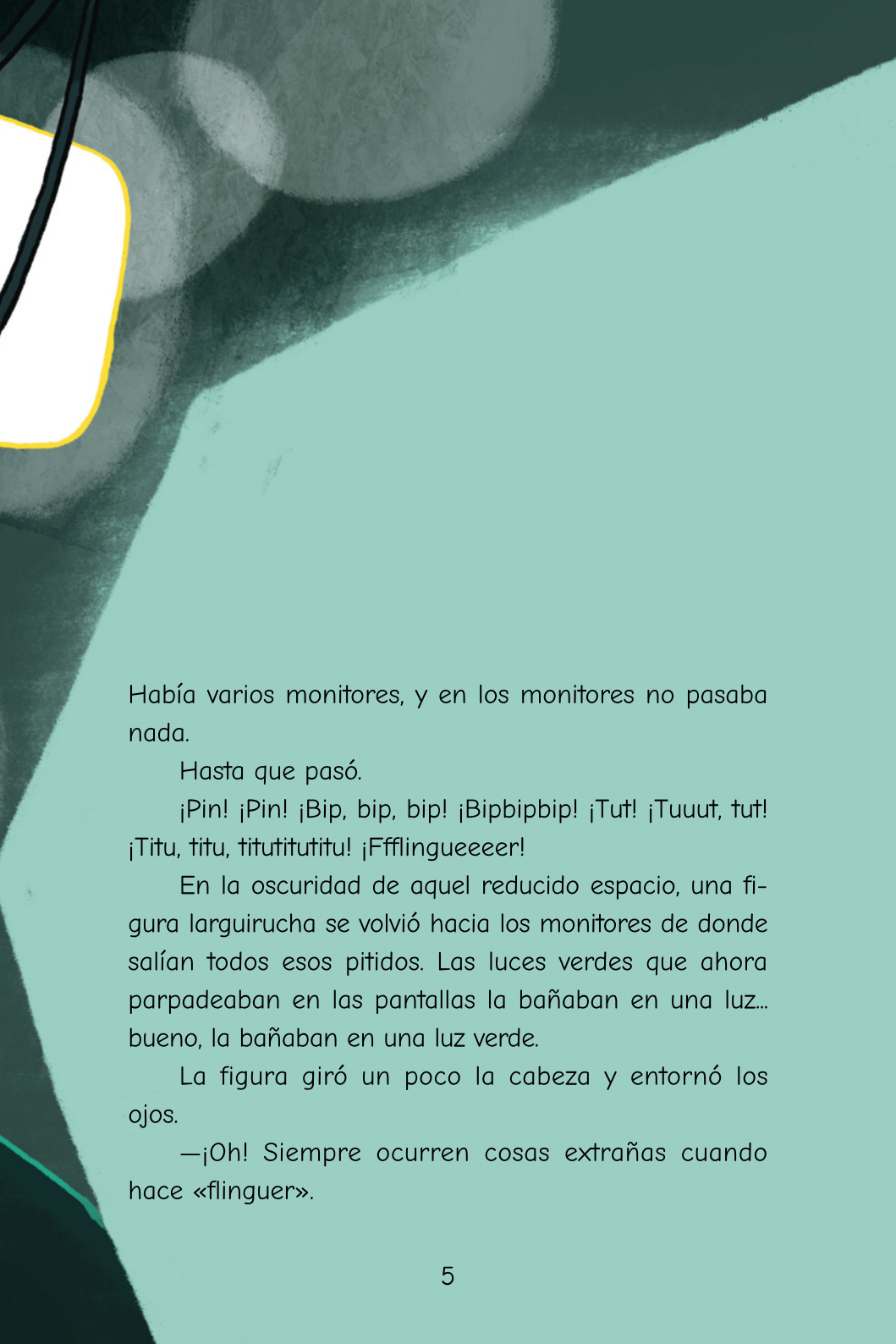
**Y EL PEDROLO  
DEL ESPACIO EXTERIOR**

**iPLOC!**



**ANAYA**





Había varios monitores, y en los monitores no pasaba nada.

Hasta que pasó.

¡Pin! ¡Pin! ¡Bip, bip, bip! ¡Bipbipbip! ¡Tut! ¡Tuuut, tut!  
¡Titu, titu, titutitutu! ¡Ffflingueeeeer!

En la oscuridad de aquel reducido espacio, una figura larguirucha se volvió hacia los monitores de donde salían todos esos pitidos. Las luces verdes que ahora parpadeaban en las pantallas la bañaban en una luz... bueno, la bañaban en una luz verde.

La figura giró un poco la cabeza y entornó los ojos.

—¡Oh! Siempre ocurren cosas extrañas cuando hace «flinguer».

Tenía razón. La segunda cosa extraña acababa de ocurrir, y era que aquella figura estaba hablando sola por primera vez desde hacía mucho tiempo. La primera había sido que algo inusual se aproximaba a la estratosfera.

Treinta y siete segundos después, un vehículo se puso en marcha a toda velocidad hacia el lugar donde esa cosa que estaba atravesando la estratosfera iba a estrellarse contra el suelo.



Mila llevaba un buen rato paseando por aquel pueblito en lo que ella llamaba una «misión de reconocimiento».

No había casi nadie por las calles, así que había dejado vagar sus pensamientos. Y sus pensamientos estaban concentrados en el mismo problema de siempre: su nombre. Mila. Era el diminutivo de Camila y en algún momento a alguien se le había ocurrido que era una buena idea llamarla así. «Alguien» eran sus padres.

Mila quería a sus padres, pero los habría querido un poco más si le hubieran dejado elegir su propio nombre. No les habría costado nada llamarla «niña» o «persona pensante». Hasta «sujeto número 42» hubiera sido mejor que Camila.



El gran problema era que, por el momento, a ella tampoco se le había ocurrido un nombre mejor. Así que, mientras exploraba el pueblo, pensaba en posibles nombres que le gustaría tener.

«Raquel... no, demasiado corriente. Azucena... horrible. Amaranta... demasiadas pocas vocales».

Acababan de mudarse a aquel lugar. Los padres de Mila trabajaban en casa y habían pensado que irse de la ciudad a un pueblo más tranquilo y con buena señal de wifi era una gran idea. Mila pensaba que era una idea tan buena como lo de su nombre.

«Zenobia... desde luego que no. Alicia... demasiado fantástico. Adela... demasiado adulto».

Al final, tras pasarse media tarde cargando cajas de un lado a otro, Mila había dicho a sus padres que le apetecía irse a explorar los alrededores para familiarizarse con el pueblo.

A ambos les había parecido bien, lo que, según Mila, demostraba que ella era el verdadero cerebro de la familia. Así que llenó la mochila con un montón de chismes entre los que había un par de bocatas, un trozo de cuerda, una linterna, un diccionario de francés, un hueso de pollo de la suerte, una sudadera, unas tijeras y unos calcetines limpios.

Mila nunca había estado en el campo, pero había visto un montón de programas sobre cómo sobrevivir en la naturaleza. Así que, como no quería perderse y acabar comiendo escarabajos y lombrices, decidió



añadir en el último momento un par de bengalas de salvamento, para lanzarlas al aire y marcar su posición si se perdía.

En realidad, no eran bengalas de salvamento, sino un par de cohetes buscapiés. Encontrar bengalas de salvamento es mucho más complicado de lo que la gente piensa. Hay que ir a una tienda especializada y comprarlas con toda la idea de que no tienes sentido de la orientación, y la gente detesta admitir que no tiene sentido de la orientación. Hasta que se pierden.

Así que Mila tuvo que conformarse con los buscapiés que guardaba desde las últimas fiestas de su antiguo barrio. Supuso que servirían.

Se había echado la mochila al hombro y se había ido a explorar:

«Lorena... es nombre de malvada. Isabel... creo que es nombre para un atún. Agnes... ese nombre solo sirve si tienes más de ciento veinte años».

—¡Gordo!

Aquel grito sacó a Mila de sus pensamientos, y lo primero que dijo fue:

—¿Gordo? Ese nombre es incluso peor que Agnes.



Mila levantó la mirada y vio a un muchacho flacucho algo mayor que ella, con aspecto de comadreja y una sonrisa cruel en la cara. A ambos lados tenía a otros dos chicos bajitos con pinta de ser totalmente reemplazables y que sonreían con la misma crueldad.

«Un matón», pensó Mila mirando al mayor, que claramente era el jefe.

Los tres chicos habían arrinconado contra una pared a un cuarto chaval. El niño acorralado era más bien relleno... bueno, siendo sinceros, era gordo. Llamar a alguien «gordo» puede ser grosero e hiriente, aunque al chico le daba igual, porque al fin y al cabo él sabía que era gordo. Lo malo es que el matón y sus compinches también lo sabían.



—Menudo tocino estás hecho —le espetó el delgado mientras sus secuaces se reían.

—No te lo tomes a mal, Mocos, pero eso no es un insulto, es una descripción —contestó valientemente el chico gordo.

—¡No te he dado permiso para hablar; montón de grasa! Seguro que si te usamos como saco de boxeo ni te enteras por toda la manteca que te protege.

Y, diciendo esto, le propinó un puñetazo en el estómago que le hizo doblarse por la mitad.

Mila decidió que aquello no le gustaba nada, así que les interrumpió:

—No deberías tratar así a... Espera un momento, ¿te ha llamado Mocos?

—¿Quién eres tú, niñata? El Mocos es mi apodo. ¡Los mocos molan! Son viscosos, jo, jo, jo.

«Vale», pensó la chica mientras oía aquellas risotadas. Estaba claro que el Mocos era un completo estúpido.

—A ver si lo he entendido: tú insultas a este chico...

—¡Umpf! Me llamo Lucas —contestó el muchacho rollizo, que trataba de recuperar el aliento.

—Insultas a Lucas llamándolo gordo, pero presumes de llamarte como una cosa verde y asquerosa que sale por la nariz cuando uno se resfría. —Mila comenzó a rebuscar en su mochila llena de trastos—. Creo que eso es la idiotez más grande que he oído en mi vida.

Efectivamente, el Mocos no era muy listo, pero entendió que aquella niña forastera se estaba riendo de él de alguna manera.

—Pues tú, tú... ¡tú eres una niñata de ciudad!

—Sí, es cierto. Ya me has dicho niñata antes. —Mila seguía buscando en la mochila—. Pero tú sigues siendo el Mocos. Hay gente que debería pensarse mejor su nombre. ¿Cómo se llaman tus amigos, Vómito y Diarrea?

Aquella era una respuesta ingeniosa, así que Vómito y Diarrea no pudieron evitar sonreír al oírlo. Fue entonces cuando el Mocos se dio cuenta de que la niña forastera le estaba ganando.

Los matones no llevan muy bien que alguien les gane en nada, así que el Mocos decidió seguir la pelea de la única manera que sabía que podría vencer: levantó el puño, caminó hacia Mila y siseó:

—¡Te vas a enterar! Nadie se ríe de mí.

En aquel momento, Mila dejó de buscar en la mochila. Sacó una de sus «bengalas» y con un gesto rápido la encendió y la lanzó a los pies del Mocos, a quien pilló totalmente desprevenido.

El buscapiés comenzó a agitarse y a humear entre sus piernas. El Mocos, asustado, dio un traspiés y se cayó de culo en mitad de la humareda azulada. Chillaba como un bebé.

La nube chisporroteante se agitaba alrededor del chico mientras intentaba ponerse en pie. Por algún motivo, aquella imagen recordaba a una lagartija bailando con una fábrica, algo muy extraño.

Cuando el Mocos logró incorporarse, salió aullando y lloriqueando calle abajo con el cohete pisándole los talones mientras juraba con voz chillona:

—¡Me la vais a pagar! ¡Cuando os pille os la cargáis!



Mila se limitó a mirar fijamente a los compinches del chico (los pobres se quedarían para siempre con los nombres de Vómito y Diarrea). Tras un instante, y con una gran sonrisa, dijo:

—Tengo más.

Los dos ayudantes del matón se miraron un segundo y salieron corriendo detrás de su jefe mientras Mila y Lucas se reían a carcajadas. Ella se acercó al muchacho y se presentó:

—Hola, yo soy Mila, de momento. ¿Estás bien?

—Hola, gracias por ayudarme con esos bobos. Sienta bien no ser el que sale corriendo por una vez.

—Será mejor que nos marchemos de aquí. Está atardeciendo y no me sorprendería que ese bruto y sus amigotes vuelvan cuando se den cuenta de que solo se trata de humo y silbidos.





—Si quieres puedo acompañarte a casa —se ofreció Lucas.

La casa de Mila estaba a las afueras del pueblo. Aunque el pueblo era tan pequeño que casi todo eran afueras. Así que la verdad es que la casa de Mila estaba a las afueras de las afueras.

—¿De verdad te quedan más cohetes de esos?

—Solo uno, pero también tengo dos bocadillos que aún no he probado. ¿Quieres uno?

—¿Que si quiero? Creo que este es el comienzo de una gran amistad.

Mila sacó los bocadillos que llevaba en la mochila y le dio uno a Lucas.

—¿Por qué querían pegarte esos idiotas?

—Es un pueblo pequeño. La gente no encuentra demasiadas cosas que hacer.

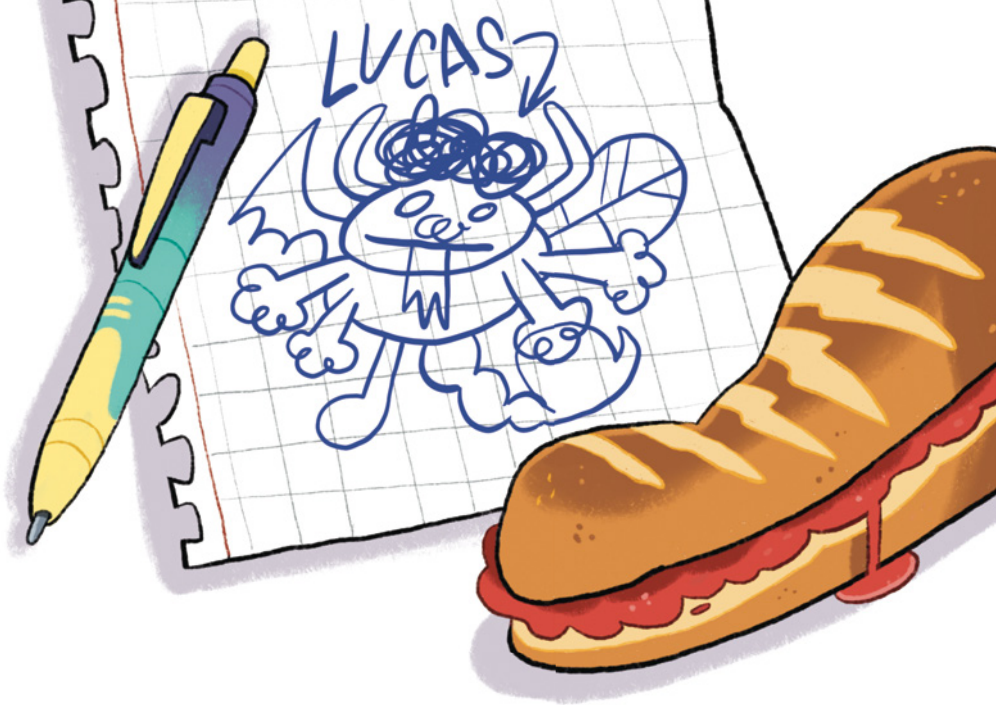
La chica parpadeó un momento.

—¿Estás diciendo que te iban a pegar por aburrimiento?

—Horrible, ¿verdad? Los chicos del pueblo se aburren y lo pagan aplastando a todo el que consideraran diferente a ellos.

—¿Diferente? Yo te veo igual que cualquier otro niño que conozca.

Jamás lo admitió, pero en aquel momento Mila contó mentalmente el número de ojos, bocas, dedos, brazos y piernas que parecía tener Lucas. Todos los apéndices estaban entre uno y doce, todo normal.



Tampoco veía que le asomara por la espalda una cola de escorpión o unas alas de abejorro, así que no comprendía muy bien a qué se refería el chico con ser diferente.

—Es porque me gusta leer y tengo imaginación. Y esas cosas sacan de quicio al Mocos porque demuestran que alguien es mejor que él en algo, así que, como no sabe reírse de mi cerebro, se ríe de mi aspecto... Pobre Mocos. —Lucas sonrió con picardía—. Menos en dar puñetazos y en olor corporal, todo el mundo es mejor que él en algo.

Pegó una buena dentellada al bocadillo que le había dado Mila.

—¡Mmm, sobrasada! ¿Y tú qué haces aquí? Es la primera vez que te veo. De hecho, es la primera vez que veo a alguien por primera vez en este sitio.

—Bueno, nos acabamos de mudar de la ciudad. Hemos llegado hoy mismo. Mis padres están llenando la casa de cajas en este momento. Al parecer estaban cansados de un tipo llamado Al Kiler.

—Mila, «alquiler» no es un nombre de un señor, es pagar para poder vivir en tu casa.

—¿De verdad?

Mila frunció el ceño. Cada vez tenía más claro que tendría que hacer algo con sus padres. Pagar por vivir en una casa, ¿a quién se le ocurría? Deberían hacer como ella, que había pasado años viviendo en casa gratis.

—Entonces ¿os habéis ido de la ciudad para venir a vivir aquí? —preguntó Lucas con la boca llena y esparciendo migas a su alrededor—. ¿A un pueblo enano? ¿Perdido en mitad de ningún sitio? ¿Donde los niños se meten contigo a la mínima?

Mila miró a Lucas algo asustada.

—¿Tan malo es este lugar?

—Bueno, es un lugar bonito —respondió Lucas sabiendo que se había puesto un poco intenso—. Solo que es pequeño y un poco aburrido. Pero, al fin y al cabo, se trata de mi punto de vista.

—Pero al menos tendrás amigos aquí.

Lucas soltó una risotada triste.

—Podría contar a mis amigos con los dedos de la mano y me sobrarían diez.

—Bueno, contándome a mí solo te sobran nueve —contestó Mila sonriendo.


—Gracias. En verdad es agradable que alguien te regale un bocadillo de vez en cuando. —El chico contempló el cielo oscuro con mirada soñadora—. Algún día me iré de aquí a ver el mundo y a vivir en lugares grandes y ruidosos.

—¿Como un parque de atracciones?

—Más grandes todavía.

—¿Como dos parques de atracciones?

Lucas sopesó la posibilidad, y le gustó pensar que podría usar una montaña rusa de lunes a viernes y otra los fines de semana. Pero no tuvo mucho tiempo para darle vueltas a esa idea, porque en aquel momento, a un puñado de metros por encima de sus cabezas, un enorme objeto envuelto en llamas pasó iluminándolos a ambos.



**Mila** y sus padres se acaban de mudar  
a un pueblo pequeño. Aburrida de ordenar cajas,  
Mila sale a dar una vuelta y conoce a **Lucas**  
y a los matones que quieren hacerle la vida imposible.

Entre los dos consiguen ahuyentarlos,  
y entonces pasa lo que suele pasar:  
un **meteorito** cae en el bosque cercano,  
dos misteriosos **hombres en gabardina** llegan al pueblo  
y un **perro callejero** descubre que es capaz de hablar.

Y eso no es todo: un **extraño ser**, alto,  
brillante y terminado en punta, los vigila sin ser visto.

Así es como, de la noche a la mañana,  
Mila y Lucas se ven envueltos en una **aventura**.  
Su misión será proteger al perro parlante mientras  
intentan enterarse de qué demonios está ocurriendo.

ANAYA

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

1525350

ISBN 978-84-143-4164-3



9 788414 341643